

# Memoria del '69

Carlos Altamirano

Carlos Altamirano es profesor de la  
Facultad de Filosofía y Letras de la  
Universidad de Buenos Aires

ESTUDIOS • Nº 4  
Diciembre 1994  
Centro de Estudios Avanzados de la  
Universidad Nacional de Córdoba

**D**urante mucho tiempo, según Reinhart Koselleck, la referencia a la palabra y al recuerdo del testigo, ante todo el testigo que había visto los hechos, del testigo visual, o, en su defecto, el testimonio de quien había oído contar a quien había visto, hacían fiable el relato histórico de un suceso y proporcionaban la garantía de que no se estaba frente a la obra de un fabulador. "El historiador, escribe Koselleck, tenía que interrogar, en primer lugar, a testigos oculares vivos y en segundo lugar a testigos auriculares sobrevivientes, para averiguar el verdadero estado de las cosas o las circunstancias".<sup>1</sup> El historiador debía demostrar un espíritu imparcial frente a los hechos y la historia, como un espejo, debía reflejar la verdad desnuda, sin adornos. En el contexto de esta concepción del conocimiento histórico, que hacía del testigo visual un garante de la representación histórica y en que la tradición oral era más confiable que la tradición escrita, el ámbito de la experiencia que podía ofrecer un saber más seguro era el de la historia presente, es decir, el de la historia más próxima. Cuanto más se alejaba la evocación hacia el pasado, hacia sucesos "antiguos", más riesgos corría el historiador de ser víctima de las fábulas y las leyendas, de perder la distinción entre *res gestae* y *res fictae*.

Así fue hasta el siglo XVIII, es decir, mientras el cultivo del conocimiento histórico mantuvo sus formas y sus funciones premodernas. A partir de entonces las cosas comenzarían a cambiar, por obra de una reflexión iniciada en el ámbito del saber iluminista, en concomitancia con una serie de transformaciones y acontecimientos, de orden social y técnico, de orden económico y de orden político, que modificarían profundamente la experiencia del tiempo. De la acción conjunta de esa reflexión y de estas alteraciones, que introducían permanentemente la discontinuidad

1.- Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 180.



con el pasado, emergerá la comprensión moderna de la historia, sus conceptos y sus métodos. En el marco de los nuevos modos de pensar el proceso histórico el presente perdió la posición privilegiada de que gozaba en la concepción tradicional: la disciplina histórica se afirmó, enfáticamente, como conocimiento del pasado, conocimiento tanto más confiable cuanto más conciencia se tuviera de la especificidad de ese pasado, de la distancia que lo separaba del presente. En consonancia con esta reorientación, las fuentes escritas cobrarían supremacía sobre las fuentes orales, y el testimonio visual dejaría de ser autenticador de la verdad de un relato. El testigo, fuera actor o espectador de los hechos, podía estar demasiado implicado en la situación como para ver y dejar ver la verdad. Por último, la cuestión del punto de vista del propio historiador. Perdió credibilidad la imagen y el ideal del erudito imparcial, limitado a recoger y ordenar los hechos en un relato, ante la certidumbre creciente de que el historiador no podía escapar a la relatividad de una perspectiva y a la relatividad de sus juicios.

¿Por qué hago mención a estas observaciones de Koselleck sobre el desarrollo de la comprensión histórica en una reunión a la que se me ha invitado para hablar del Cordobazo? No porque quiera introducir un principio de cautela respecto de los testigos, participantes o espectadores de aquel acontecimiento. Tampoco porque pueda, ni pretenda, hablar de él con arreglo a algún canon de conocimiento académico. En realidad, sólo podría referirme a la memoria del Cordobazo, a lo que activa en el recuerdo ese foco de irradiación energética que fue por varios años, como acontecimiento y como mito, el Cordobazo.

Acontecimiento y mito. Aunque, ¿cómo separar, en el recuerdo, los hechos de ese fondo de sentido que hoy puedo llamar mítico, pero que veinticinco años atrás era una misma cosa con los hechos? ¿Cómo no dudar de que al intentar separarlos de las expectativas de entonces sólo cedo a las expectativas de hoy, sin mejorar por ello mi discernimiento? ¿Cuánto hay y qué es lo que retiene la evocación de quienes, aunque no podríamos hablar como testigos, no fuimos únicamente contemporáneos del Cordobazo, sino que fuimos parte de la estela que siguió a su estallido? Para que estas preguntas no suenen sólo retóricamente, quisiera valerme del ejemplo de un testimonio referido a otro suceso, alejado y ajeno al que motiva este encuentro, aunque se integra en la órbita de un proceso político de gran importancia en la historia de la Argentina contemporánea. Se trata del testimonio del general José Sosa Molina, quien recordaba, veinte años después, la celebración del 1 de Mayo de 1943 en los términos que siguen:

“Yo recuerdo que fuimos comisionados muchos jefes y oficiales para apreciar de visu el valor de esa columna. Fue realmente imponente. Una enorme multitud con banderas rojas al frente, con los puños en alto y cantando *La Internacional*, presagiaba horas verdaderamente trágicas para la República”.<sup>2</sup>

---

2.- Testimonio reproducido por Carlos Fayt, *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, Viracocha, 1967, pág. 92.



Leí por primera vez la reproducción de esta declaración, tomada de una entrevista, en el ya viejo trabajo de Carlos Fayt, *La naturaleza del peronismo*. Después la re-encontré en otros estudios sobre el mismo tema, como documento de la percepción que la élite militar nacionalista tenía de la cuestión obrera, en las vísperas del golpe de estado de 1943. Ahora bien, en un trabajo reciente un investigador joven, Mariano Plotkin, no sólo retomó la declaración, sino que la controló, por decirlo así, con otras evidencias que llevaban a desmentir los hechos vistos por este testigo ocular, el general Sosa Molina. Las banderas rojas no aparecieron y, en realidad, no aparecían desde que las prohibiera el presidente Justo, en la década del treinta; los socialistas, los únicos que podían organizar una columna "imponente", le dieron a la celebración del 1º de Mayo el tono pacífico y festivo que le daban desde ya hacía tiempo; se cantó La Internacional, efectivamente, pero antes, como ocurría desde muchos años atrás, se había cantado el Himno Nacional, y así sucesivamente.<sup>3</sup>

El caso que elegí es, sin dudas, un ejemplo extremo de la memoria ideológica, en que sobre el elemento fáctico del recuerdo se han impreso, hasta anularlo, los estereotipos de la ideología —en este caso, los del fantasma de la subversión comunista. Pero, por ser extremo, el caso ilustra con elocuencia la posición en que se halla quien quiere hacer memoria a propósito de un suceso al que lo ligaron los lazos de la ideología. Es verdad que hubiera podido controlar, por medio de otras evidencias, mi propia evocación; hubiera podido, incluso, intentar hacerme de una hipótesis acerca de la identidad del Cordobazo como hecho histórico y tratar, después, de someter esa hipótesis, independientemente de mis recuerdos, a la prueba de una interpretación. Hubiera podido, en otras palabras, hacer de los sucesos de veinte años atrás el objeto de una tarea de conocimiento. No quise hacerlo. Más allá del hecho de que concurren a este ciclo de charlas, como participantes, quienes pueden hablar con competencia y erudición de la trama de procesos que se resumen bajo el nombre de Cordobazo, preferí no sustraer la figura del 29 de mayo de 1969 de ese fondo en el que estuvo inscripto para mí, durante varios años.

¿Y cuál fue la figura que cobró a los ojos de muchos de nosotros esa gran llamada que fue la protesta popular del 29 de mayo? Diría que, para quienes militaban en la izquierda maximalista de esos años, el Cordobazo se fijó muy pronto en una representación: había sido el esbozo, sin dirección revolucionaria, de la insurrección. Así, captada de acuerdo a un imaginario arcaizante, la protesta daba forma sensible a una expectativa que la precedía. Antes de que apareciera bajo esta figura, recuerdo muy poco, prácticamente nada: las noticias escuchadas en Buenos Aires, a través de la radio; al día siguiente el silencio sobrecogedor de una ciudad parada por una huelga general; las imágenes de los actos y las manifestaciones callejeras en Córdoba que trajeron los diarios y, sobre todo, las fotos del semanario *Siete Días* que les consagró una edición especial. Después todo me remite al proceso de asimilación del gran suceso

3.- Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel, 1994, págs. 81-85.



en el código del discurso militante. Creo que todos saben de qué hablo, de ese discurso regido, para emplear las palabras de Claude Lefort, por la representación de lo ya acontecido, de lo ya hecho, de lo ya pensado, de lo ya visto.<sup>4</sup>

Sin embargo, ¿no hubo un momento, un tiempo, en que la significación del Cordobazo se mantuvo flotante y libre, en que la brecha que había producido en el continuo histórico siguió abierta, en que la expectativa de lo nuevo predominó sobre lo ya pensado y lo ya visto? En efecto, hubo un tiempo así, según creo recordarlo, que duró dos o tres años y se detuvo un día entre 1972 y 1973. Pero ese tiempo lo vi y lo viví sólo en esta ciudad, en Córdoba. Estuve aquí en 1970, para participar de un encuentro de obreros, estudiantes e intelectuales, y recuerdo haber escuchado por sobre el lenguaje estereotipado del discurso de propaganda otro lenguaje, sobre todo en boca de esos obreros que "habían hecho", como decíamos, el Cordobazo. Era un lenguaje inaudito para mí, que por entonces era militante de uno de los tantos grupos maximalistas, un lenguaje a la vez orgulloso y desenvuelto, que transmitía firmeza y ductilidad. Un lenguaje de clase o, al menos, lo que quedó en mí como eco de un lenguaje de clase. No pude dejar de recordarlo cuando, varios años después, leía, en la historia de Edward P. Thompson sobre la formación de la clase obrera inglesa, la evocación del radicalismo plebeyo de los comienzos del siglo pasado.

Esa disposición que comunicaban los obreros, la encontraba también, durante aquel encuentro, en buena parte de los estudiantes cordobeses, como si todos estuviesen contagiados, por así decirlo. No sé si era la conciencia de que se había infligido un golpe de muerte a la dictadura de Onganía, de que se había hecho de la ciudad un nuevo centro en la vida política nacional, lo que instaló ese aire de confianza sin suficiencia que desde el 29 de mayo de 1969 parecía estar en todas partes —así lo creíamos quienes llegábamos desde afuera—, pero fue ese aire lo que hizo por esos años de Córdoba una Meca para la izquierda. Venir a Córdoba era asistir a la epifanía de un tiempo nuevo, lleno de promesas, irreversible. Periodos así suelen ser periodos de gran efervescencia mítica y el Cordobazo adquirió muy pronto esa dimensión, la dimensión de un mito. Teníamos nuestro Mayo, que se comunicaba con aquel otro del 68, el Mayo francés, pero el nuestro que no había hecho proliferar *graffitti* tan imaginativos, había sido más proletario, más plebeyo y más duro.

No sé si es necesario que aclare que no le doy aquí al término mito un sentido crítico-negativo. Entiendo con ese término un relato sostenido en un encadenamiento de imágenes, capaz de agrupar y activar fuerzas sociales, tocando, según los casos, los resortes del temor o, como en éste, los resortes de la esperanza y el entusiasmo. No creo que haya movimientos colectivos sin alguna dimensión mítica, aunque tampoco creo que los mitos puedan ser creados a voluntad, deliberadamente como tales (George Sorel, que creía esto, no logró mucho con su mito de la huelga general). La epifanía de los mitos eficaces es espontánea. Así fue el del Cordobazo y ahora en que lo recuerdo no estoy seguro de no hablar bajo los efectos de ese encadenamiento de imágenes que contenía su relato.

---

4.- Claude Lefort, *La invención democrática*, Buenos Aires, Visión, 1990, pág. 71.



Muchas veces me he preguntado después cuál hubiera podido ser el curso de las cosas si aquello que el Cordobazo liberó —el *clasismo*, para decirlo con una palabra de entonces—, hubiera tenido como complemento otra izquierda. Quiero decir, una izquierda menos hechizada por la aventura del partido armado, menos prisionera del espíritu de dominación, menos entregada a las simplificaciones del maniqueísmo político. O sea, una izquierda más abierta a la novedad del acontecimiento, más interesada en asociar la autonomía obrera con la democracia política, más preocupada por hacer de esa autonomía el núcleo de un vasto movimiento de reformas sociales y políticas. Admito que estos son ejercicios irrealistas de razonamiento contrafáctico, sólo justificables como reacción a la idea de que las cosas después de 1973 siguieron una dirección inevitable. La verdad es que basta recordar un poco para llegar a la conclusión de que, como quiera que hubiera sido la izquierda, todo conspiraba para ahogar las virtualidades de lo que había nacido el 29 de mayo de 1969. Pensemos, si no, en lo que sobrevolaba alrededor, sea en la enemistad armada que alojaba en su interior el partido que había ganado el gobierno, el peronismo; sea en el Ejército, esperando sobre el fondo de la escena la ocasión para volver a ajustar cuentas, después del humillante final de la Revolución Argentina: ¿cómo evitar la certidumbre de que el ascenso a los extremos era fatal?

Dice Merleau-Ponty que la historia no confiesa jamás, que la prescripción envuelve todo, declara inocente al injusto y desestima la apelación de las víctimas. Recuerdo estas palabras porque no quiero terminar esta intervención sin invocar los nombres de Agustín Tosco, de René Salamanca, de Atilio López, grandes hijos del pueblo de Córdoba, grandes representantes de la clase obrera argentina. A través de ellos rindo homenaje también a muchos otros trabajadores martirizados o asesinados cuyos nombres no he conservado. Sería injusto que a quienes todo se les arrebató, incluso la vida, la prescripción o el olvido les arrebaten después hasta el lugar que deben tener en la memoria. Pero hay otro nombre, el de José Aricó, bajo cuya advocación se ha colocado este encuentro. Agradezco a los organizadores de la jornada el que me hayan dado la oportunidad de participar en un acto que tributa así el reconocimiento que merece ese gran intelectual que fue Aricó. ■